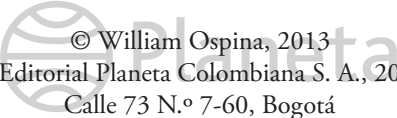


WILLIAM OSPINA

Pa que se acabe la vaina

© William Ospina, 2013
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2013
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

Diseño de cubierta: Departamento de Diseño Grupo Planeta

Primera edición: noviembre de 2013

Segunda edición: febrero de 2015

Tercera edición: septiembre de 2015

Cuarta edición: mayo de 2016

Quinta edición: febrero de 2017

Sexta edición: marzo de 2018

Séptima edición: marzo de 2019

Octava edición: enero de 2020

ISBN 13: 978-958-42-3714-9

ISBN 10: 958-42-3714-4

Impreso por Editorial Nomos S.A.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

Desde hace medio siglo, Colombia vive uno de los conflictos políticos más dramáticos del hemisferio occidental, con cientos de miles de muertos, millones de víctimas y de refugiados internos, millones de migrantes a otros países, y un creciente deterioro del orden institucional que se puede medir por la crisis de la justicia, los niveles escandalosos de corrupción, el número de congresistas y gobernantes que pasan directamente del poder a la celda, los índices de pobreza y de miseria, la inseguridad, la delincuencia, el atraso de la infraestructura y la incapacidad de convertir la indudable riqueza del territorio en algo que beneficie a las mayorías y garantice la prosperidad general.

Lo más alarmante de este fenómeno es lo imperceptible que resulta para el mundo. Colombia es un país que tiene la misma población de Argentina y de España, dos veces el territorio de Francia, y una situación geográfica extraordinaria: con extensos litorales sobre el mar Caribe y el océano Pacífico, con el punto en que se unen las dos mitades del continente, con la región más poblada de la cordillera de los Andes, y con la mitad de su territorio en las praderas fluviales del Orinoco y del Amazonas.

La primera pregunta que uno tiene que hacerse es por qué un conflicto complejo y persistente, en un territorio tan importante para el planeta, con todos los recursos naturales, una asombrosa biodiversidad y las mayores fuentes de agua y de oxígeno, puede resultar tan invisible y tan incomprensible para el mundo.

A lo largo del siglo XX, un mundo que lo sabía todo de Cuba y de Santo Domingo, de Haití y de Jamaica, de Panamá y de las islas Malvinas, no parecía saber nada de Colombia, y tuvo que llegar la novela *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, para que en las últimas tres décadas del siglo la gente supiera dónde ubicar este país inquietante y paradójico en el mapa físico y en el mapa espiritual del planeta.

Pero la verdad es que ni siquiera la novela de García Márquez habría logrado visibilizar plenamente al país, y tuvo que ocurrir la novela negra del narcotráfico para que otro costado de esta realidad irrumpiera en el escenario mundial, mostrando, de un modo muy distinto al lenguaje deslumbrante del novelista, los extremos contrastes y la dramática exuberancia de la sociedad colombiana, permitiendo que algunos se pregunten por fin qué es lo que pasa en este punto ciego del continente, qué es lo que ha permitido que la tragedia de cincuenta millones de personas no conmueva como se debe ni a la prensa ni a la opinión pública mundial.

Una de las herencias más crueles del colonialismo consiste en que los países sometidos son obligados a borrar sus diferencias con las metrópolis y a veces tardan siglos en dejar

asomar sus rasgos verdaderos. Y la verdad es que las naciones de América Latina sólo se han hecho visibles para el mundo cuando fueron capaces de mostrar su verdadero rostro, su compleja originalidad.

Las potencias europeas pretendieron hacer de México un imperio gobernado por la casa de Habsburgo-Lorena, y eso obligó a la sociedad mexicana a mostrar en el rostro indígena de Benito Juárez la singularidad de todo un pueblo, su firmeza, así como la decisión inexorable de no permitir que su arcilla americana siguiera siendo moldeada por las manos de Europa. Ello a su vez permitió que México ahondara su conciencia de sí con la turbulenta revolución campesina e indígena de comienzos del siglo XX, e incorporara al pueblo a su leyenda nacional en la imagen de los líderes populares Pancho Villa y Emiliano Zapata.

El rostro de Argentina lo dibujaron a la vez esa pampa infinita que durante décadas proveyó de alimentos al mundo, las leyendas de Sarmiento y del gaucho, y la progresión de inmigrantes que hicieron de Argentina no sólo un país europeo sino por momentos el único país rico de Europa, y que le permitieron a Jorge Luis Borges convertirse en “el guardián de las bibliotecas planetarias” y situar el mítico *Aleph* del lenguaje en un sótano de Buenos Aires.

El colombiano es el territorio con menos vocación de unidad que pueda imaginarse. Basta avanzar tres horas en cualquier dirección para encontrarse en un clima distinto, rodeados por una vegetación diferente y con un paisaje de

profundidades siempre cambiantes. La mayoría de la población habita en la región andina equinoccial, la de mayor diversidad biológica de la cordillera, y conviene recordar que, como bien dijo Borges deplorando tal vez el mundo llano del sur, “todas las llanuras son iguales pero no hay una montaña igual a otra”. Aunque en Latinoamérica es fácil encontrar llanuras tan considerablemente distintas como la pampa argentina y los llanos venezolanos, como el Valle del Cauca y los salares de Bolivia, no deja de ser verdad que el paisaje de las montañas andinas, tan pintoresco en el sentido romántico de que parece que exigiera ser pintado, va cambiando ante nuestros ojos con una rapidez extraordinaria.

En este territorio minuciosamente diverso, ciento veinte naciones indígenas habían logrado desarrollar sus culturas particulares en regiones bien distintas unas de otras: los desiertos de los wayú de La Guajira y las cumbres nevadas de los kogis de la Sierra de Santa Marta, las ciénagas de La Mojana en el país de los zenúes y las selvas lluviosas de los embera catíos del Chocó, las islas de los cunas y el cañón del río Cauca que poblaron los ebéjicos y los pantágoras, las planicies de tierra caliente de los gualíes y los ondamas del Magdalena Medio, las llanuras fluviales de los panches del sur del Tolima y las montañas frías de los nasas y de los guambianos del Cauca, las sierras de esmeraldas de los muzos de Boyacá y el reino de oro de los muiscas de la sabana, el mundo de complejos mitos naturales de los u’was de la sierra del Cocuy, las praderas sin orillas de los sikwanis del Vichada y los bosques floridos de los kamsás del Putumayo, los valles selváticos de los andaquíes y sus páramos tutelares,

donde nacen en cruz los grandes ríos, y la selva infinita de las comunidades amazónicas.

Además de los muchos pueblos cuyas culturas siguen vivas, todavía cuentan sus relatos escalonadas ciudades de piedra en las sierras que miran al mar Caribe, mapas de las constelaciones en las piedras de los grandes ríos, la leyenda de los bosques de tumbas de oro del Sinú, la compleja orfebrería de los calimas y los quimbayas, de los zenúes y de Malagana, de los tayronas y los muiscas, la refinada alfarería realista de los tumacos en las cornisas del Pacífico, la ingeniería hidráulica de La Mojana, las necrópolis de Usme, los nichos funerarios de Tierradentro, los jardines megalíticos de San Agustín a la sombra del reino de los andaquíes, los incontables pictogramas rupestres de más de veinte mil años de antigüedad en las sierras de Chiribiquete.

A esa diversidad geográfica se añadió la diversidad étnica: los mestizajes y las mulaterías, lo mismo que las gradaciones y degradaciones que obra sobre un territorio riquísimo la maldición burocrática del centralismo. La idea de una nación unitaria nos fue impuesta por el régimen colonial, pero el principio de una capital autócrata y distante, convertida en centro administrativo y ordenador de la nación, fue una de las consecuencias dramáticas de nuestra historia.

Podría pensarse que nos unían el clima y el ámbito geográfico al que pertenecemos, pero esta es la región donde la geografía se disgrega y los climas se multiplican, donde los elementos de la diversidad étnica y cultural se dispersan, buscando cada uno su nicho más favorable. Por algo los grupos de mayor contenido indígena tendieron a buscar siempre

la naturaleza y las orillas de los ríos; por algo los esclavos emancipados de sus amos (pero no de la pobreza ni de la segregación) buscaron los litorales apartados y formaron allí comunidades marcadas a la vez por la pobreza, la solidaridad y la refinada creatividad cultural; por algo los blancos y los mestizos más europeos buscaron siempre las áreas urbanas o los minifundios igualitarios.

A falta de la unidad del territorio, de una identidad étnica o de una leyenda integradora, el papel de unir a los habitantes lo asumió muy temprano un elemento venido de lejos: la lengua. Fue a través de la lengua castellana como se construyó el proyecto de nación que hasta ahora ha mantenido a Colombia unida, a pesar de su diversidad original, de las guerras que cíclicamente desgarraron el territorio y de las mutaciones de proyectos y de costumbres. Pero el relato que construyó la nación y que la mantuvo, si no unida, al menos junta, incluso en los dos siglos últimos, fue el discurso colonial, no erradicado siquiera por la aventura de la Independencia: una interpretación europea de la naturaleza, una interpretación católica del orden social, un discurso republicano imitado de la Revolución francesa y el remedo de unas instituciones nacidas del pensamiento liberal pero asentadas sobre el poder de las castas y de las armas.

Y digo remedo porque en Colombia no se abrió camino jamás el pensamiento liberal que construyó las repúblicas modernas. Todos los países de América Latina fueron incorporados a la modernidad mediante un discurso liberal pres-

tado: el que utilizaron los libertadores para independizarse de España y crear las primeras instituciones autónomas. Pero para que esa vocación fuera auténtica, en todas partes se hicieron necesarias profundas reformas liberales que volvieran realidad, siquiera parcialmente, el discurso.

Es lo que hicieron la reforma de Benito Juárez en México y la de Eloy Alfaro en Ecuador, las reformas de Roca e Irigoyen en Argentina y la revolución de los mineros de Bolivia en 1952. Era preciso incorporar a los pueblos a la leyenda nacional, darle a la ley un fundamento que no fuera la voluntad de la corona española o del código napoleónico, que no fuera sólo la doctrina de la superioridad de la escritura sobre la palabra empeñada.

Porque contra un mundo indígena donde la palabra viva en los labios era la fuente mayor de legitimidad, aquí se impuso de tal manera la letra escrita que muy significativamente los títulos de propiedad terminaron llamándose, en un tono casi bíblico, “la escritura”. ¿De qué podía valer la propiedad garantizada solamente por la palabra y por la costumbre ante el poder notarial de “la escritura” y su tremenda capacidad de legitimar el robo y la usurpación?

Parece que hablar de estas cosas fuera retroceder demasiado en la historia del continente, pero la verdad es que estamos hablando de problemas reales y recientes: en Colombia, la propiedad vive hoy conflictos idénticos a los que caracterizaban las tropelías de los conquistadores del siglo XVI. Millones de pequeños propietarios de tierras han vuelto a ser despojados a finales del siglo XX y a comienzos del XXI, como lo habían sido las poblaciones de pequeños propietarios

campesinos en la violencia de los años cincuenta, y como lo habían sido antes con las guerras civiles del XIX: expulsados para siempre de sus tierras a través de un fenómeno cuya repetición cada tantas décadas sólo revela que algo esencial de la democracia no logró ser instaurado en nuestro orden social, que el Estado no logró convertirse en verdadero legitimador y protector de la vida y de la propiedad. La violencia, a veces tolerada cuando no patrocinada por el propio Estado, siguió siendo el ominoso manantial del orden legal.

Algunos han sostenido la tesis de que lo que se requiere para corregir ese antiguo drama es un Estado fuerte, que se imponga sobre las violencias de las minorías, pero ya veremos que un Estado fuerte no basta, que se requiere un Estado legítimo, y que para sustentar esa legitimidad no son suficientes los instrumentos formales de la democracia, urnas electorales, jueces, policías, funcionarios y ejércitos, sino una incorporación a la legalidad de la comunidad en su conjunto. Y para incorporarse a la legalidad no basta que todo el mundo se someta a la ley y sea cobijado por ella, es necesario algo más profundo y más sutil: que la comunidad sienta que la ley procede de ella, expresa su voluntad y garantiza sus derechos.

Leer la historia del siglo XIX en Colombia, desde las batallas de la Independencia hasta las batallas de la guerra de los Mil Días, que terminó en 1902, es asistir a la derrota gradual de las ideas liberales y a un fenómeno aún más deplorable, el modo como los que abandonaban esas ideas pretendían seguirlas encarnando, aunque en realidad se plegaban al pen-

samiento y las costumbres de sus adversarios, e iban, para decirlo con palabras de Emerson, “renunciando a su mundo estrella por estrella”.

Hay quien dice que uno de los primeros pasos en esa dirección lo dio nuestro propio padre, Simón Bolívar, quien en un momento dramático de las guerras de Independencia renunció a enfrentarse a las potestades de la Iglesia católica, y por motivos que alguien nos explicará algún día, permitió que la educación clerical se abriera camino en la joven república.

Desde entonces el poder de la Iglesia se afianzó de tal manera, que todos los que intentaron la más importante de las conquistas liberales, la separación entre la Iglesia y el Estado, la instauración del Estado laico y de una educación moderna, libre de las amenazas del oscurantismo y las arbitrariedades de la Inquisición, fueron acallados, desterrados o borrados, hasta el punto de que uno de los más bellos poemas de nuestra tradición literaria, el soneto “Vagué por las desiertas catedrales”, de Nito Restrepo, posiblemente será leído por los colombianos por primera vez en esta página:

*Vagué por las desiertas catedrales,
adolescente aún, cuando creía
que el órgano en sus notas me traía
música de regiones celestiales.
Lágrimas de dolor vertí a raudales
al mirar esa cruz en que pendía
el hombre dios que en desgraciado día
murió para salvar a los mortales.
Después huyó la fe de la ignorancia,*

*un rayo de la luz cruzó el vacío,
y fue la catedral lóbrega estancia,
la música del cielo desvarío,
y Cristo fue una flor cuya fragancia
se llevaron los vientos del estío.*

Es significativo que este poema me haya llegado oralmente, hace años, salvado por la memoria de un gran liberal, Álvaro García Cortés; es significativo que, como en tiempos antiguos, ese orden de palabras lo mantenga vivo la memoria fiel de un pueblo: sin duda así también estarán escondidas en la memoria de los colombianos muchas cosas esenciales para nuestro futuro.

Es importante saber que el liberalismo fue perdiendo su proyecto histórico desde finales del siglo XIX, para que entendamos de qué manera los dirigentes que oficialmente se llamaron liberales desde entonces siempre negaron sus principios en algún momento decisivo de la historia: renunciaron a la reforma agraria que ellos mismos habían propuesto en 1930, dejaron la riqueza nacional en manos de las petroleras norteamericanas, impidieron el triunfo de Gaitán en las elecciones de 1946, se negaron a acompañar a las muchedumbres rebeldes en 1948, renunciaron a la contienda electoral en 1950 cuando sólo participar podía salvar al país de la violencia, patrocinaron la violencia de los años cincuenta y más tarde abandonaron a los humildes campesinos a los que habían armado, celebraron con los conservadores un pacto antidemocrático en 1958 para repartirse el poder por dieciséis años, renunciaron al deber de llevar por fin a Colombia a la

democracia y a la pluralidad de partidos en 1974 —cuando debía terminar el Frente Nacional—, desmontaron a partir del año 1990 las pocas instituciones que habían demostrado funcionar para la gente en la república bipartidista, ahondaron el viejo hábito de entregarle la economía del país sin protección y sin escrúpulos al mercado mundial, y se fueron convirtiendo en un pequeño partido de delfines que viven de la fama de sus padres y de sus tíos, contabilistas de votos y repartidores de presupuestos, privado ya de toda filosofía y alejado de toda grandeza.

Tanta fue su renuncia que habría que decir que los principales proyectos renovadores, como la incipiente industrialización o el trazado de los ferrocarriles, se debieron más bien a conservadores como Rafael Reyes y Pedro Nel Ospina, y que cuando pretendieron instaurar la república liberal retrocedieron enseguida asustados por la enormidad de sus responsabilidades. Cuando alguien dijo que la principal diferencia entre los partidos colombianos era que los conservadores iban a misa de cinco y los liberales a misa de ocho, no estaba haciendo una broma sino desnudando la esencia de una de las mayores derrotas históricas de la política colombiana.

Hay que reconocer que fue una temeridad de los ideólogos de la Independencia proponer la creación de repúblicas en nuestro continente en el mismo momento en que nacían las repúblicas europeas. Era la evidencia de una avidez por ser contemporáneos, por sincronizar los relojes atlánticos, por superar la incómoda sensación de que, mientras Europa

ingresaba en la modernidad, nosotros seguíamos atascados en el barro de esa “Edad Media tardía” que España había traído a América. Y por eso la lucha anticolonial asumió con vehemencia un discurso liberal que, como he dicho, no tenía suficiente asidero en la realidad social de los países.

Ya era difícil construir repúblicas en Europa, donde de todos modos la gente llevaba siglos de convivencia en el territorio de cada país, viéndose, si no como conciudadanos, al menos como miembros de una misma especie; ya era difícil en Europa enfrentar las estratificaciones sociales y superar el desprecio de la aristocracia por el pueblo llano; pero era mucho más difícil fundar repúblicas en un mundo donde los indígenas acababan de padecer siglos de servidumbre, donde imperaba por todas partes la esclavitud de los hijos de África.

Manejar con la cosmovisión europea un territorio apenas arrebatado a los dioses del maíz y de la serpiente era tan absurdo como pretender que aquí imperaría el mismo catolicismo de los españoles y de los italianos. No, la diferencia era enorme: aquí trajeron un catolicismo para indios y para esclavos, no para cristianos que se consideraran iguales, y los predicadores que dilataron por estas tierras el imperio de la fe lo implantaron con la mayor severidad, tratando de borrar día tras día las creencias nacidas del territorio y de la larga familiaridad con sus secretos.

Digamos que en el aprendizaje de la modernidad, sin olvidar todas las tareas propias de nuestra memoria y de nuestro suelo, nos tocaba avanzar a otro ritmo, lograr en años lo que otros habían hecho en décadas, y fingir que era posible

tener ciudadanía moderna sin ese proceso de acumuladas conquistas que marcó la aventura europea: sin los debates teológicos de la Edad Media, sin la libertad mental del Renacimiento, sin las conquistas del retrato y de la perspectiva, sin que hubiera salido de nosotros una mirada filosófica sobre la propia conciencia como las que arrojaron Descartes o Montaigne, sin las controversias de la Ilustración, sin las ilusiones del buen salvaje, sin esa tempestad igualitaria que creció en Francia desde las sonrisas irónicas de Voltaire hasta “los collares de sangre” del terror, sin el proceso que creó en amplios sectores europeos la expectativa de una nueva edad y de una nueva dignidad para los individuos.

También en los Estados Unidos el punto ciego de la construcción de la república fue la actitud hacia los esclavos y hacia los indios: allí se detenía bruscamente el discurso de la igualdad y de los derechos humanos. Pero los nativos habían sido casi exterminados y los esclavos eran una minoría frente a la masiva inmigración de europeos, por eso pudo abrirse camino una teoría de la igualdad ante las instituciones que intentó ser confirmada en lo posible con el formidable esfuerzo liberal de Abraham Lincoln.

Los Estados Unidos asumieron temprano el reconocimiento del territorio y su poética apropiación, su incorporación a la sensibilidad de un pueblo, como podemos advertirlo en los salmos torrenciales de Whitman, en los poemas de Emily Dickinson, y tiempo después en el hermoso poema “El regalo pleno”, que Robert Frost escribió para la ceremonia de posesión de John Kennedy, hace cincuenta años:

*Esta tierra fue nuestra
antes de ser nosotros de esta tierra,
fue nuestra más de un siglo
antes de convertirnos en su gente,
fue nuestra en Massachusetts, en Virginia,
pero éramos colonos de Inglaterra,
poseyendo unas cosas que aún no nos poseían,
poseídos de aquello que ya no poseíamos.
Algo que nos negábamos a dar gastaba nuestra fuerza,
hasta entender que ese algo fuimos nosotros mismos,
que no nos entregábamos al suelo en que vivíamos,
y desde aquel instante fue nuestra salvación el entregarnos.
Nos dimos plenamente, tal como éramos,
esa hazaña de darse fue como hazañas múltiples de guerra,
a esta tierra, mirando vagamente al oeste,
pero aún sin historia, sin arte, sin refuerzos,
tal como era entonces
y ya con todo aquello que sería.*

Aquí, a pesar del esfuerzo desmesurado y espléndido de Juan de Castellanos, nos quedó pendiente la tarea de conocer el territorio, de reconocernos en él, y de construir una economía y una política a partir de ese conocimiento. También, por supuesto, la tarea de construir un discurso religioso que verdaderamente dignificara a indios y a esclavos, reconociendo su tipo y sus costumbres, los horizontes míticos e históricos de donde procedían, la hondura de su propio pasado y la riqueza con que sus lenguajes habían descifrado este mundo.

Durante la guerra de Independencia hubo dos momentos en que el pensamiento generoso de los libertadores y su proyecto de una edad nueva de libertad y de justicia chocaron con dificultades casi insuperables. Ni siquiera Bolívar, el hombre más ilustrado y comprensivo que tuvo aquella época, logró entender plenamente lo que significaba su conflicto con Piar en el Orinoco y su conflicto con Agualongo en el sur de Colombia. Terminó resolviendo de un modo bárbaro dos de los problemas centrales de su tiempo.

A pesar de sus contradicciones, Piar planteaba el tema de la esclavitud: negros y mulatos advirtieron que la Independencia era ante todo la lucha de los criollos por heredar el continente de los españoles. Por eso, aunque Bolívar liberó a sus esclavos, cumpliendo la promesa que le había hecho al presidente Petion en Haití, no pudo lograr que todos esos dueños de esclavos —cuyo apoyo era indispensable para la causa— les dieran la libertad, para demostrar en la práctica que aquella no era sólo una revolución contra los peninsulares, sino contra la desigualdad y la injusticia. A medida que avanzábamos en la expulsión de los enemigos, las esperanzas de los esclavos se iban postergando hasta cuando las condiciones fueran favorables para la abolición, y en todo el continente eso apenas ocurrió dos generaciones después.

Piar pareció comprender hacia dónde iban las cosas, o aprovechó ese malestar indudable, y se opuso de tal manera al avance del proceso revolucionario que el Estado Mayor lo condenó a muerte, y Bolívar, que era su amigo, aceptó

firmar la sentencia. Todavía, en las regiones centrales de Venezuela, muchas gentes que respetan y aman a Bolívar siguen rindiendo homenaje a Piar, y no lo ven sólo como el gran liberador del Orinoco sino como un mártir de la lucha contra la esclavitud.

En el sur de Colombia la gente ama a Agualongo: el gran luchador que comprendió que con los criollos, durante mucho tiempo, los indios lo pasarían más mal que con los españoles. Éstos, después del pavoroso exterminio inicial, habían desarrollado una legislación más benévola hacia los nativos, y en cambio los criollos, a pesar de las buenas intenciones de los jefes, no podrían impedir que la discriminación y la exclusión fueran por siglos la herencia de las repúblicas.

Si Agualongo, vocero del mundo indio, de la voz de la tierra, de la importancia de la provincia y de sus singularidades, hubiera triunfado, acaso la independencia no habría sido posible, porque los plazos de la guerra son inexorables, y la odiosa dominación colonial se habría prolongado por mucho tiempo. De modo que para el continente fue una suerte que Bolívar se abriera camino hasta Quito, y continuara su campaña hasta derrotar a España en Junín y Ayacucho, y expulsar a sus ejércitos del continente. Pero algo muy noble en la defensa del mundo indígena y de los secretos del territorio fue sacrificado allí, una deuda de respeto y de dignidad con los pueblos nativos quedó pendiente mucho tiempo en Colombia, y sigue siendo uno de los desafíos de nuestra incorporación en la modernidad.

Por fortuna, esta época nos enseña cada vez más que a medida que el mundo se globaliza esto no puede significar

el olvido de las regiones y de la voz del lugar, sino todo lo contrario: un reencuentro del lugar con el mundo, un diálogo más complejo en el que tendrán que escucharse las voces de todas las regiones. Todos hemos visto que uno de los efectos de la globalización es que hace más visible cada lugar del planeta. En la lucha por la preservación del agua planetaria, cada vez será más evidente que la protección de los grandes océanos supone la limpieza de los ríos, que la protección de los ríos a su vez impone el cuidado de los más pequeños arroyos, y que en la raíz de la defensa de los grandes sistemas del agua global está la pureza de los manantiales.

Sólo vista así puede apreciarse esa generosa, abnegada, sacrificada lucha de tantos héroes locales que entendieron el valor del lugar, la dignidad de las provincias, el respeto por los territorios, ante toda política que se abría camino luchando por cosas más abstractas, como la patria, la libertad o la independencia. La defensa de los individuos y de las comunidades, de los árboles y de las semillas, contra el dogmatismo de las ideas; la defensa de los ríos y los bosques contra las arrogancias del mercado mundial.

Al período que va de 1880 a 1930 lo llamamos en Colombia la república conservadora. Corresponde a la Constitución centralista de 1886 y tuvo comienzo con el gobierno de la Regeneración, que sometió al país a una alianza entre los terratenientes y el clero, prohibió la lectura libre durante buena parte del siglo, educó al país en el racismo, la intolerancia

con las ideas distintas, la mezquindad como estilo de vida y el irrespeto por los derechos de los ciudadanos.

En el país más mestizo del continente, donde las uniones maritales se daban de hecho entre gentes de todas las razas, no hubo nada más perseguido que el amor libre y nada más discriminado que los hijos de uniones no bendecidas por la Iglesia, que eran seguramente la mayoría. ¿Cómo puede quererse a sí mismo un país que crece en el odio por los indios y los negros, que son el origen irrenunciable de la mayoría de la población? ¿Cómo puede crecer sin intolerancia y sin resentimiento un país donde los hijos del amor son proscritos y considerados ciudadanos de segunda categoría?

Cuando intentaban ser católicos, esos mismos hijos del amor libre se encontraban con la discriminación y el maltrato. De ese modo, muchos seres que hallaban en la doctrina cristiana de amor y de igualdad, de respeto y de compasión, un consuelo frente a las dificultades del mundo y una promesa de dignidad y de afecto, vieron burlada su fe íntima por una alianza innoble de los poderes eclesiásticos con los poderes del mundo, y si algo hay que decir es que el Cristo original de los pobres y de los mansos era traicionado por los mercaderes en el propio templo.

Esa es la más grave culpa de la Iglesia católica y de sus viejos prelados, y está en la raíz de todos los males de Colombia. Es el estigma que la Iglesia, aliada de mil maneras con el poder político e incluso con el poder militar, trazó sobre la frente de la nación, y ese es el tamaño de la deuda histórica que ese poder clerical cerrado y fanático tiene con el país,

una deuda que no alcanzará a verse compensada con todas sus caridades y sus buenos ejemplos.

Pero también es grande la responsabilidad de la Iglesia en la persecución y satanización del pensamiento liberal, no sólo porque sabía que iba a moderar su influencia sobre los ciudadanos, a proteger a los no creyentes, a los no practicantes y a los hijos de las uniones libres, sino porque iba a poner en cuestión las propiedades de la Iglesia, que en Colombia apenas fueron comparables con las del ejército.

Así contribuyeron las sotanas y las bayonetas a la perpetuación en Colombia de una Edad Media más tenebrosa que en cualquier otro lugar del continente. Basta recordar que hace apenas un cuarto de siglo quienes querían contraer matrimonio civil tenían que ir a cualquiera de los países vecinos, Venezuela, Panamá o Ecuador, porque en Colombia, que vivía envanecida de su supuesta modernidad, el único matrimonio con validez legal era el católico.

Basta pensar que todavía hoy, cuando hasta el pontífice romano predica en Rio de Janeiro que nada les conviene tanto a las sociedades como el Estado laico, que permite a las religiones convivir y entregarse a predicar sus valores, a formar a sus fieles en una ética del respeto y la responsabilidad, todavía hoy en el ápice del poder colombiano hay gobernantes que hablan con el dogmatismo de los viejos obispos y sombríos funcionarios cuyas providencias se rigen menos por la Constitución que por la Inquisición.

La élite que heredó la república y la dominó durante dos siglos fue la encargada de perpetuar el discurso colonial.

Durante mucho tiempo el modelo escolar estaba hecho para reproducir unas cuantas verdades eternas: que había unas metrópolis a las que había que imitar en todo; que la Iglesia católica era el único credo, fuera del cual no hay salvación; que el matrimonio por la Iglesia era la única fuente de legitimidad social; que Colombia era un país blanco, católico, de origen europeo; que nuestro deber era hablar una lengua de pureza castiza, y que la democracia sólo exigía respeto absoluto por las autoridades, sometimiento total a las normas, obediencia al Estado y a sus fuerzas armadas.

El lenguaje fue pues utilizado inicialmente para unir al país a través de la ortodoxia clerical y la descalificación de toda disidencia. El relato de la nación se articulaba en los púlpitos. Pero como mucha gente quedaba por fuera de ese estatuto ideológico tan cerrado y tan lleno de hipocresía, el poder económico, el poder religioso, el poder de la escuela y el poder del Estado fueron utilizados para someter por cualquier medio a todo aquel que no se sintiera incluido en el orden de la república.

Pero los que se sometían no por ello merecieron ser tratados como ciudadanos. La república no era el nombre de un proyecto nacional coherente sino el nombre de un conjunto de negocios particulares, de proyectos de casta y de iniciativas de los poderosos, y el papel de la comunidad era someterse a sus prioridades, aceptar el lugar de quien no ha sido invitado a la fiesta, y sólo puede estar allí en condición de servidor o de intruso. Hasta un nombre se inventó

para los que pretendieron asumir esa condición de igualdad que mentía la doctrina, pero que la realidad continuamente negaba: “igualados”.

Es un fenómeno que podemos advertir en la mezquindad de los espacios públicos. Cuando uno visita Francia o España, Brasil o Argentina, lo primero que advierte es la enormidad y el refinamiento de los espacios hechos para el disfrute de la comunidad: un parque como el de El Retiro en Madrid, espacios como la explanada de los Inválidos en París, como las fuentes de Trocadero ante la torre Eiffel y los sucesivos campos de Marte, espacios como las orillas del río o el Jardín de Luxemburgo, muestran a sociedades donde el ciudadano es considerado el principal destinatario de la inversión pública; donde el descanso, la recreación, los encuentros de la comunidad son parte principal de la agenda de gobierno y de las obras públicas.

Uno ve los parques inmensos llenos de obras de arte, los museos, los palacios de justicia, los panteones, los sistemas de transporte, y tiende a decirse que claro, todo eso es posible porque Francia es extensa y rica. Pero después uno reflexiona sobre el tema y recuerda que Francia es un país con la mitad del territorio de Colombia, y que en Colombia los parques son diminutos o inaccesibles, las perspectivas urbanas mezquinas, las zonas practicables para la comunidad carecen de diseño, de grandeza y de espíritu, hasta el punto de que recién en las últimas décadas han empezado a verse tímidamente espacios como el parque Simón Bolívar en Bogotá, donde se realizan a veces eventos masivos. Y hasta allí es posible advertir que una ciudad de esta magnitud no tiene escenarios para grandes

espectáculos, de modo que terminan cobrándoles fortunas a los asistentes por escuchar un concierto entre el frío y el barro, en la más deplorable incomodidad.

Apenas a finales del siglo XX, espantados por las explosiones de violencia en las barriadas, a los administradores se les ocurrió que a lo mejor dándole algo a la comunidad, ofreciendo espacios para la recreación y la cultura, instalando sistemas de transporte mínimamente operantes, podría conjurarse la explosión de una energía social exasperada y sin rumbo. Así, lo que la democracia tendría que haber ofrecido desde el comienzo como un gesto natural hacia la dignidad de las mayorías, porque los espacios públicos son la morada común de la democracia, eran improvisados al final como dádivas para contener las erupciones sociales largamente gestadas en la tiniebla, y hubo quien se extrañara de que esas inversiones no conjuraran en el acto un malestar social madurado por siglos.

Nos hemos permitido llegar a la segunda década del siglo XXI sin un metro en una ciudad de ocho millones de habitantes como Bogotá, para no hablar de ciudades como Cali o Barranquilla, cuyo espacio urbano era propicio para toda clase de obras generosas y que han demorado mucho tiempo la construcción de espacios para la felicidad colectiva. Y hace muy pocos días se reveló que un Estado que invierte fortunas en armas y en ejércitos tiene para todos sus museos en el territorio nacional un presupuesto que sería insuficiente para uno solo. Por eso nadie tiene tanta razón como Fernando Vallejo, el gran impugnador de un orden social irrespetuoso e inicuo, quien ha dicho que lo único que esta dirigencia

mezquina y sin sueños le enseñó al país es el arte miserable de dividir una servilleta en cuatro.

Cuando uno visita el delta del Tigre, en Buenos Aires, en la desembocadura del Río de la Plata, y ve los fines de semana las cómodas embarcaciones que llevan a los paseantes entre las islas llenas de jardines y casas de campo, por los brazos del delta, no puede dejar de acordarse del río Magdalena, deforestado y envenenado por el mercurio de los buscadores de oro, por los agroquímicos que arrastran las lluvias desde las montañas y por los desechos industriales y orgánicos de todas las ciudades, un río donde míseros pescadores y viajeros pobres se amontonan en chalupas deleznales en las que no ha invertido un solo peso la administración central del país.

Sólo las potentes lanchas militares que lo recorren nos recuerdan que hay riqueza estatal, y que esa riqueza jamás piensa en la gente de a pie que habita esas orillas y tiene que inventarse cada día la manera de recorrer un río que alguna vez fue la vida misma del país y hoy es apenas un testimonio del modo como vamos convirtiendo el paraíso en una sentina.

¿Qué hizo a los dirigentes tan mezquinos y tan capaces de despreciar al pueblo? Seguramente la convicción colonial de que les había tocado administrar un país de tercera categoría, el dolor de no haber nacido en España o en Francia o en los Estados Unidos; tener que resignarse a derivar su riqueza de este suelo y a convivir con lo que siempre llamaron “un país de cafres”. Pero si de ellos dependía que Colombia tuviera obras públicas, espacios bellos, fuentes, parques,

monumentos, sitios de la memoria, redes ferroviarias, agricultura, industria, ¿por qué se dedicaban a venerar los lugares lejanos y a envidiar sus excelencias en vez de hacer a su turno, como lo hicieron otros países del continente, ciudades hermosas y obras admirables?

Mi opinión es que el pueblo que les tocó en suerte no les parecía digno de esos esfuerzos. Era mejor poder ir a París, y volver aquí a envanecerse de esos viajes, que construir en este suelo una patria digna, ciudades hermosas y comunidades respetables. El poder del discurso colonial les había calado hasta los tuétanos, y fue por eso que todo lo que salía de las manos y el espíritu del pueblo, la música original de las comunidades, el teatro, las danzas, las artesanías, las narrativas regionales, todo lo que le hiciera algún reconocimiento a la iniciativa popular era descalificado inmediatamente por las cribas de la aristocracia.

Cuando Jorge Isaacs, a finales del siglo XIX, hizo un libro sobre las lenguas y los mitos de los pueblos indígenas del Bajo Magdalena, el propio presidente de la república, Miguel Antonio Caro, prohibió su publicación, porque el escritor estaba defendiendo el valor de unas lenguas y unas costumbres que el gobierno ya había decidido eliminar, sujetando a las comunidades indígenas al poder disolvente de las misiones religiosas. Y el maestro Rafael Campo Miranda, autor de algunas de las cumbias y de los porros más memorables de nuestra música, ha contado que en los clubes sociales de Barranquilla hasta los años sesenta estaba prohibido tocar porros, porque la única música respetable era la de las orquestas internacionales.

En vano el pueblo les demostraba con sus músicas, con sus danzas, con sus relatos, con su nobleza, con su sencillez, que aquí era posible una cultura verdadera, orgullosa y humana. Los dueños del país partían del supuesto colonial de que esa comunidad era inferior, y ello no les permitió entender que los procesos educativos, que el respeto por su creatividad cultural, que la construcción de una leyenda compartida, eran el camino para conformar una sociedad grande y respetable. Había demasiados prejuicios y arrogancias en esa élite para permitir que un pueblo maltratado desde la Conquista fuera dueño de su destino y pudiera ser vocero de su país ante el mundo.

Aquí siempre existió la tendencia a dejar a las muchedumbres en la pobreza y en el abandono, y correr a esconder a los pobres cuando el mundo venía a mirarnos. Tal vez lo mejor era que no viniera nadie y que los perfumados voceros de la patria fueran al encuentro del mundo; que los escogidos fueran a Europa a la ceremonia del besamanos, a rendir honores a esas potestades tan respetadas, procurando al mismo tiempo que no se les notara el cobre americano.

A los ingleses, a los franceses, a los norteamericanos, no les molesta hablar español con el marcado acento de su tierra de origen, porque no les inquieta que se sepa de dónde vienen: aquí había que hablar inglés y francés sin acento alguno, no fuera que alguien oyéndolos se diera cuenta de que llegaban de otra parte, de unas provincias avergonzadas de sí mismas, postradas en la veneración de las bengalas distantes, y no muy

convencidas de que tuvieran el mismo derecho de los otros a respirar el aire del planeta.

Porque lo triste del asunto es que esas élites que despreciaban a su pueblo no lo hacían en el fondo por orgullo sino por un secreto sentimiento de indignidad. Acaso menospreciando a sus paisanos se curaban un poco del malestar de haber nacido en tierras bárbaras, en “esa margen ulterior de los mares” que les parecía despojada de belleza, privada de historia, carente de grandeza y dignidad. Siempre es que ciertos prejuicios estéticos contienen ya como una gota de fascismo: la idea colonial de que la belleza era europea, de que en un planeta tan diverso como éste es posible postular un solo canon.

Todavía hoy si el presidente de los Estados Unidos, que no puede ignorar lo que es la pobreza porque conoce las barriadas de Chicago y el delta del Mississippi, viene a visitarnos, aquí se las arreglan para convertir las veinte manzanas mostrables de Cartagena en un corralito de plata donde no se ven un pobre ni un mendigo, y sólo les gustaría que las murallas fueran un poco más altas para que no se alcanzara a ver en qué estado de postración tienen a una noble ciudad de casi un millón de habitantes. Y nunca se permitirán convocar a una cumbre de mandatarios del Pacífico en Buenaventura, porque aunque esa ciudad es el principal puerto de Colombia y la fuente de la extrema riqueza de unos cuantos empresarios y comerciantes, el abandono en que la han mantenido los poderes centrales y la violencia que como consecuencia de ello se ha desatado allí hablan muy bien de eso que llamamos nuestra dirigencia y del respeto que siente por el país.